

Henri Bergson, o una filosofía menor sobre el control: principios, procedimientos y convergencias

Pablo Martín Méndez

Univ. de Nac. de Lanús / Doctorando
Com. de Inv. Cient., Prov. de Bs. As. / Becario

Resumen

Teniendo en cuenta fundamentalmente las investigaciones de Henri Bergson acerca de las relaciones entre el pensamiento, el cerebro y la materia, y sumando asimismo las contribuciones que Gilles Deleuze y Maurizio Lazzarato han realizado a este respecto, el siguiente artículo propone un recorrido destinado a precisar los principios, procedimientos y convergencias que definen al “control” como una modalidad novedosa de funcionamiento y de ejercicio del poder. En primer lugar, el recorrido sostendrá que el control se dirige fundamentalmente hacia la “memoria” y la “atención” en tanto fuerzas propias y constitutivas de la conciencia o el pensamiento; de igual manera, indicará que esas fuerzas tienden a exteriorizarse y actualizarse en una serie de movimientos esbozados ante todo en el cerebro y luego en el espacio. Posteriormente, y a partir de semejantes principios, advertirá que el control implica la “modulación” de las exteriorizaciones del pensamiento, y agregará el hecho de que tal procedimiento se compone de imágenes y movimientos variables, de excitaciones y vibraciones cerebrales, propagadas a través de un universo etéreo. Así pues, y en último lugar, el recorrido indagará la posibilidad de que los procedimientos del control confluyan con las operaciones de una economía basada en la captura de la “cooperación entre cerebros” o, si se quiere, de la fuerza de trabajo que despliega constantemente a la memoria y la atención para crear, propagar y efectuar mundos variables y diversos.

Palabras clave: pensamiento - cerebro - acciones virtuales - ritmos - incitaciones

Introducción

¿Qué sucede cuando las situaciones de la realidad nos interpelan y nos exigen cierto tipo de respuesta?, ¿a qué se debe el hecho de que en ese preciso instante irrumpen imágenes que vibran y que parecerían hacernos vibrar, imágenes que tienden a proyectarse delante y detrás nuestro?, ¿acaso tales imágenes tratan de indicarnos algo, acaso intentan señalarnos las posibles acciones que podríamos plasmar ante la situación de momento inconclusa? Estas cuestiones merecen pensarse a fondo, y no por la exorbitante pretensión de indagar los infinitos misterios del proceso psíquico, sino más bien porque nos invade la intuición de que en aquel instante se activa una maquinaria cuyo funcionamiento no obedece ni a las leyes que rigen fatalmente el universo ni tampoco a los supuestos y soberanos decretos de la voluntad. La mencionada intuición es mucho más que un aparente impulso aislado y acotado en sí mismo, pues ella reconoce a sus propios cultores y predecesores, reconoce a quienes la han propulsado y además conducido en diferentes direcciones. Primero fue Michel Foucault y más adelante Gilles Deleuze y Maurizio Lazzarato: primero fue la concepción del “poder” como una multiplicidad de relaciones de fuerza que resultan inmanentes al dominio en el cual se ejercen, de relaciones que circulan y que únicamente funcionan en cadena (Foucault, 2006: 112-113; Foucault, 2008: 38-39); más adelante fue la advertencia sobre la posibilidad de que las sociedades capitalistas contemporáneas se constituyan como tales a partir del despliegue y la generalización de una modalidad sumamente específica de ejercicio y de funcionamiento del poder, una modalidad que quedaría definida bajo el simple pero escurridizo término de “control” (Deleuze, 2002; Lazzarato,

2006). La decantada necesidad de averiguar qué es el control, y de definir al mismo tiempo su objeto de dominio, nos remontó –después de recorrer otros tantos caminos– hacia el pensamiento sociológico de Gabriel Tarde: precisamente aquí supimos apreciar la importancia de las minúsculas imitaciones que transmiten efectos de poder, las imitaciones que circulan entre los cerebros y que de alguna manera alcanzan e involucran a la conciencias (Tarde, 1961). Mas si bien era verdad que el pensamiento de Tarde otorgaba las pautas para avanzar en la resolución de nuestras necesidades, también lo era que del mismo surgían una serie de cuestiones inquietantes, cuestiones que dirijan toda la indagación hacia la precisión del modo en que las imitaciones intercerebrales posibilitan el control y el gobierno de las conciencias. La indagación nos ubica hoy en la filosofía de Henri Bergson, ¿pero qué tiene esa filosofía para decirnos acerca del control? No mucho cuando se la mira con demasiada generalidad y amplitud, bastante cuando se la indaga con detenimiento y se presta atención a ciertos niveles concretos y puntuales, a ciertos niveles en donde brotaría aquello que nosotros denominaremos como una “filosofía menor” sobre el control. Es efectivamente una filosofía menor *sobre* el control, dado que su imperceptible alcance nos permite postular los principios, señalar los procedimientos y explorar las eventuales convergencias que convierten al mismo en una nueva modalidad de ejercicio y de funcionamiento del poder. Precisamente estos tres ejes ordenarán la indagación que presentamos a continuación.

I. De los principios

La filosofía de Bergson procede a través de una serie de conquistas y posicionamientos estratégicos que proliferan en los márgenes del pensamiento moderno, conquistas que sin embargo no conllevan fijeza alguna, sino más bien

desplazamientos visibles y a la vez invisibles. Se trata de luchar abiertamente contra las corrientes y tendencias que ocuparon y constituyeron al pensamiento moderno; se trata también de que el plano emerja de nuevo y según los parámetros de un extrañísimo sentido común. Bergson enunciará entonces el proyecto:

A la filosofía incumbe la tarea de estudiar la vida del alma en todas sus manifestaciones. Adiestrado en la observación interior, el filósofo debería descender hacia adentro de sí mismo, luego remontando hasta la superficie, seguir el movimiento gradual por el cual la conciencia se distiende, se extiende, se prepara para evolucionar en el espacio (Bergson, 2012: 50-51).

Aún no vislumbramos las posibles derivaciones de semejante propuesta, pero no cabe duda de que hubiese sido mucho más sencillo decir que la conciencia se corresponde con los movimientos cerebrales, de modo tal que la detección de esos movimientos nos permita conocer cuanto sucede en la conciencia. A partir de ahí, llegaríamos a resolver nuestros problemas mediante un puñado de respuestas tajantes e inquebrantables; a partir de ahí, el control de la conciencia no implicaría otra cosa más que la injerencia en los circuitos y circunvalaciones del cerebro. Descargar electricidad, administrar psicofármacos, o bien proveer al cerebro de estímulos y de corrientes inhibitorias: las denuncias y las soluciones eventuales siempre dependerían de la supuesta relación directa y lineal entre el poder, el cerebro y la conciencia. Mas la cuestión deviene demasiado porosa, porque si a pesar de todo aceptamos que los tres términos indicados no se inmiscuyen ni interfieren directamente, de inmediato nos es difícil pasar por alto el hecho de que el ejercicio del poder repercute de algún modo en la conciencia. Adelantemos un principio básico: cuando se intenta abordar el problema del control en sus modalidades de ejercicio y especificidades de funcionamiento, las relaciones directas tienen que dejar lugar a

la probabilidad, mientras que la probabilidad debe conducir la indagación hasta la necesidad y prevalencia de la “incitación” como función pura o no formalizada de poder.³⁸ Toda vez que hay incitación no hay coerción u obligación que recaigan sobre un súbdito, no hay siquiera encauzamientos y normalizaciones disciplinarias que se apliquen en los cuerpos. Las funciones resultan distintas, así como también resultan distintas las materias o las fuerzas que son afectadas y movilizadas. Antes que introducir al cuerpo en aquel sistema de presión infinitesimal y de amoldamiento denominado “panóptico”, el control toma a su cargo un componente de muy otra índole para afectarlo mediante procedimientos siempre específicos. Sin embargo, y en este punto convendrá avanzar con detalle y meticulosidad, los procedimientos desplegados y las fuerzas afectadas nunca se corresponden de manera estricta. Convendrá avanzar con meticulosidad, pues es precisamente aquí, en la no correspondencia entre procedimientos y fuerzas, que la probabilidad se vuelve consistente y la incitación necesaria. Bergson señala las pautas y traza las líneas de hechos que a la larga conformarán nuestro entramado. El primer paso consiste en desentrañar la gran hipótesis que se extiende desde los inicios de la ciencia moderna hasta la psicofisiología del siglo XIX, la hipótesis metafísica que equipara en un único y mismo movimiento a los estados cerebrales y a los estados psíquicos o mentales: “Ya no es una regla científica, es una hipótesis metafísica. En la medida en

³⁸ Según Deleuze, la función pura o no formalizada de poder remite a una relación variable de fuerzas que afectan y que son afectadas: “El poder de ser afectado es como una *materia* de la fuerza, y el poder de afectar es como una *función* de la fuerza” (Deleuze, 2008:100-101). De donde se desprende también el carácter de la relación entre las fuerzas: “Una relación de fuerzas es una función del tipo «incitar, suscitar, combinar...»” (Deleuze, 54: 2008). Nosotros señalaremos que las funciones de incitación suponen una relación en donde no hay proximidad o contacto directo entre las fuerzas, sino más bien probabilidad de afectar y de ser afectado a distancia.

que es inteligible, es la metafísica de una ciencia de marcos puramente matemáticos, de la ciencia tal como se la concebía en el tiempo de Descartes” (Bergson, 2012: 204-205). Bien puede aceptarse que el desenvolvimiento del universo material obedezca a una serie de leyes estrictas, bien puede esperarse que las relaciones surgidas de esas leyes sean determinables matemáticamente, pero la pretensión de que semejantes supuestos lleguen a aplicarse incluso en la explicación de los procesos mentales no sólo parece desmesurada e improbable, sino que además acarrea conclusiones que detienen pronto la marcha de nuestras inquietudes. Nos parecerá entonces que la conciencia procede según una mecánica más o menos compleja, más o menos enrevesada; nos parecerá que en el límite, y por su propia constitución, dicha mecánica queda al alcance de controles también más o menos complejos, más o menos enrevesados, y no obstante siempre directos. La conclusión adquiere tanta precipitación como convencimiento: entre el poder y la conciencia existirán únicamente complejidades analizables y descifrables, complejidades que se equipararán a los enrevesados circuitos y circunvalaciones del cerebro, complejidades que, para bien o para mal, serán resueltas y aplanadas mediante el desarrollo gradual y autónomo de la técnica y la ciencia.

Nosotros preferiremos creer que el problema reside en otra parte, que las funciones de poder y las fuerzas afectadas tienden a entrecruzarse en lugares más comunes y, por lo tanto, menos esperados. Antes que analizar las complejidades y los enrevesamientos, habrá que observar las especificidades de las funciones y de las fuerzas puestas en juego; antes que postular relaciones mecánicas y directas, se deberá indagar la posibilidad de que el poder controle a la conciencia y la necesidad de que el control de la conciencia sólo llegue a ser posible mediante la incitación. Así pues, tendremos que desplazarlos junto con Bergson y emprender un segundo e

importante paso, un paso que deje establecido el hecho de que la conciencia y el cerebro nunca se corresponden de manera estricta. Pero léase esto último prestando la atención y el cuidado que merece: la conciencia y el cerebro nunca se corresponden de manera estricta, lo cual no implica que ambos permanezcan enteramente separados o desvinculados. También Bergson querrá evitar a cada instante las dicotomías y buscará entender el problema en sus matices y tonalidades propias: “la conciencia está indiscutiblemente colgada en un cerebro pero en absoluto resulta de allí que el cerebro dibuje todo el detalle de la conciencia, ni que la conciencia sea una función del cerebro” (Bergson, 2012: 50). Y por supuesto, cualquier intento destinado a precisar los modos de relación entre la conciencia y el cerebro necesitará apoyarse en alguna metafísica; y cualquier metafísica que sirva a esa pretensión incluirá una concepción particular del espíritu y la materia o, lo que es lo mismo, del pensamiento y la extensión. Aquí la filosofía bergsoniana hará su aporte distintivo y a la vez sentará las bases para el desarrollo posterior de nuestros propios intereses.

Deleuze sostenía que toda idea filosófica implica un espesor o un volumen en cuyos niveles diferentes y no contradictorios podemos situarnos alternativamente (Deleuze, 2009: 20); si a esta visión maravillosa sobre la filosofía se le agrega el anhelo de que los posicionamientos alternativos dependan de las inquietudes y preocupaciones que motivaron el ingreso en aquel espesor, quedaría justificada la decisión que nos conduce a intensificar ciertos niveles de una idea y a pasar por alto otros que de momento nos parecen ya recorridos y reconocidos. Internados en los espesores de la filosofía de Bergson, nosotros rescataremos entonces el nivel que emerge de entre las siguientes y concisas palabras:

(...) consideren el pensamiento mismo; allí encontrarán menos estado que direcciones, y verán que él es esencialmente un cambio continuado y continuo de

dirección interior, el cual tiende a traducirse sin cesar en cambios de dirección exterior, quiero decir en acciones y gestos capaces de dibujar en el espacio (...) las idas y vueltas del espíritu (Bergson, 2009: 59).

Todavía no sabemos bien de qué se trata, pero en el citado pasaje hay algo que resulta de suma importancia y que a primera vista pasaría desapercibido. Tal vez nos atraviese la intuición de que las variadas direcciones del pensamiento no sólo se traducen y dibujan en el espacio, sino que además se *transmiten* a lo largo del espacio. Sea como fuere, convendrá permanecer al menos por ahora en el nivel más próximo, en el nivel de las acciones y gestos que señalan los cambios de dirección del pensamiento. Después de todo, ¿qué otra cosa haríamos ante una situación que no se remedia por sí misma, ante una situación que nos interpela y que nos exige tomar cierta dirección? De seguro, y también de inmediato, las respuestas automáticas serían dejadas de lado e iríamos más bien de tanteo en tanteo, balanceándonos de un lado a otro y trazando hacia adelante el hilo finísimo y casi invisible que orientará nuestros pasos. Ante las interpelaciones y exigencias de la situación haríamos justamente eso, esbozaríamos acciones virtuales, acciones simplificadas y meramente posibles que tenderían a proyectarse en el espacio como vibraciones y movimientos nacientes. Siguiendo a Deleuze y Guattari, diríase también que los tanteos y balanceos, que las vibraciones y movimientos nacientes, se volverán completamente rítmicos: “el ritmo es crítico, une instantes críticos (...). No actúa en un espacio-tiempo homogéneo, sino con bloques heterogéneos. Cambia de dirección” (Deleuze y Guattari, 2006: 320). El ritmo no actúa en un espacio-tiempo homogéneo, puesto que sobreviene entre dos medios diferentes; el ritmo jamás se reduce a las medidas y regularidades que suelen aparecer posteriormente, puesto que su marcha es inarticulada y desigual, es siempre crítica y

titubeante.³⁹ Durante la marcha se movilizan y acumulan las fuerzas necesarias, las fuerzas que enfrenarán la situación desplegándose en movimientos cada vez más puntualizados y concretos: “un niño canturrea para acumular dentro de sí las fuerzas del trabajo escolar que debe presentar. Una ama de casa canturrea, o pone la radio, al mismo tiempo que moviliza las fuerzas anticaos de su tarea” (Deleuze y Guattari, 2006: 318). Notemos enseguida que la situación exige recordar y anticipar, que exige recordar el pasado proveniente de la memoria y anticipar el porvenir forjado desde la atención. Apoyarse sobre el pasado e inclinarse hacia el porvenir: Bergson sostendrá que aquí reside lo propio de todo ser consciente. De hecho, la conciencia no será más que “memoria” y “atención”: memoria de aquello que ha sucedido; atención a aquello que va a suceder. Y precisamente el balanceo constante entre una cosa y otra, precisamente el esfuerzo que implica recordar lo pasado y anticipar lo futuro, deviene en ritmo y movimiento. Se trata entonces de una primera actualización, un primer desplazamiento desde el polo de la conciencia hasta el polo de la materia o el espacio; se trata también de un nivel muy específico, un nivel en el que tenderá a jugarse todo el problema del control. Ese nivel incluye tanto recuerdos como anticipaciones que avanzan hacia la materia pero sin tocarla todavía, recuerdos y anticipaciones que permanecen aún en estados virtuales y apenas esbozados. Pues bien, nosotros sostenemos que la intervención en la virtualidad de los movimientos rítmicos y las actualizaciones nacientes garantiza el control de la memoria y la atención -lo cual, ciertamente, y si recordamos las consideraciones previas, no equivale a considerar que el ejercicio del control implique la intervención

³⁹ Véase asimismo el interesante aporte que Esther Díaz realiza en el cuarto Capítulo de su libro titulado *Las grietas del control* (Díaz, 2010: 135 y ss.).

directa y lineal de aquellas-. Desplegándose en lo virtual o en lo posible, el control envuelve e involucra a la memoria y la atención como fuerzas de la conciencia o del pensamiento; involucra y además gobierna las eventuales direcciones del mismo, gobierna e igualmente dirige sus variables modos de actualización. La intervención apuntará a la virtualidad y ello no podrá ser de otra manera, dado que el control de las direcciones del pensamiento sólo tiene cabida cuando tales direcciones recorren estadios apenas esbozados, es decir, cuando los ritmos y movimientos nacientes no se han volcado ni actualizado definitivamente en la materia. De suerte tal que allí se dibujará el campo de intervención y la superficie de agarre del control, y también allí se producirá el despliegue y la implementación de un conjunto de procedimientos. Bergson señalaba que los movimientos de la conciencia tienden a dibujarse primero en el cerebro; a nuestra indagación le corresponderá precisar el hecho de que esa tendencia abarca mucho más que una mera relación entre ambas cosas. Bergson sostenía además que los ritmos de un pensamiento pueden llegar a captarse en otro pensamiento; a nuestra indagación le preocupará especificar la posibilidad de que el control intervenga y despliegue sus procedimientos en el medio de todo esto.

II. De los procedimientos

Así como la indagación de los principios nos llevó a observar y a establecer las relaciones entre el pensamiento y el cerebro, así también la indagación de los procedimientos nos conduce ahora a detenernos en las imágenes y a precisar la relación de las mismas con los asuntos mencionados. ¿Pero por qué detenernos en las imágenes? Simplemente porque sospechamos que en ellas se constituye el campo de intervención propio del control, porque no ha dejado de parecernos que el control interviene en una interacción rítmica

de imágenes. Adelantemos entonces el procedimiento básico: toda vez que el control ~~o~~ intente envolver e involucrar a la memoria y la atención en tanto fuerzas del pensamiento, toda vez que procure dirigir sus direcciones y modos de actualización, tenderá a desplegar y distribuir imágenes que funcionarán como un sinnúmero de incitaciones dirigidas hacia otras imágenes. Resulta conveniente realizar algunas distinciones de suma importancia, pues de lo contrario se correría el riesgo no sólo de estropear lo establecido anteriormente, sino además de atenazar cuanto pueda decirse sobre los procedimientos del control. De entre las palabras de Bergson emerge nuevamente el camino a seguir y las precauciones a tomar:

Cuando los psicólogos hablan del recuerdo (...) como de una impresión que se graba cada vez más profundamente al repetirse, olvidan que la inmensa mayoría de nuestros recuerdos se apoyan sobre los acontecimientos y detalles de nuestra vida, cuya esencia es estar fechados y en consecuencia no volver a producirse jamás. Los recuerdos que se adquieren voluntariamente por repetición son raros, excepcionales (Bergson, 2010: 101).

Una vez más, todo ocurre como si estuviésemos persiguiendo ciertas cosas que de momento se nos escapan y de momento nos arrastran en otra dirección; una vez más, hubiésemos querido decir que el control de la memoria y la atención implica la implementación de un procedimiento compuesto de repeticiones y reproducciones de imágenes; una vez más, nuestra indagación quedaría justificada si tan sólo concluyese en el hecho de que el control mismo se reduce a la insistencia y la obstinación. Aislar al sujeto para que atienda a un conjunto de imágenes previamente seleccionado, procurar que su memoria se atosigue con esas imágenes y lograr que finalmente asuma una conducta basada en la repetición automática de aquello que se le ha impuesto: las críticas y las

eventuales soluciones partirían siempre de la supuesta uniformidad y unilateralidad del poder. Y a pesar de todo, nos es difícil creer que las imágenes recordadas y las imágenes anticipadas obedezcan a la simple voluntad del pensamiento. Hay que evitar la conclusión de que el control procede hasta el punto en que la memoria y la atención se encuentran colmadas de imágenes repetidas, pero de igual manera también hay que rechazar la feliz y liberal creencia de que el pensamiento se esconde en algún resquicio ingobernable del universo. Dado que el espíritu de todos nuestros trabajos parte de la negación de este último extremo, será mejor precisar las distinciones y matices que conforman a los procedimientos desplegados por el control para alejarnos entonces del extremo de la uniformidad y la determinación.

El control jamás procede hasta el punto en que la memoria y la atención se encuentran colmadas de imágenes repetidas: en primer lugar, porque la memoria y la atención deben concebirse como fuerzas del pensamiento y no como recipientes susceptibles de ser llenados o vaciados; en segundo lugar, porque la disposición de esas mismas fuerzas obliga a que el control despliegue sus procedimientos en medios abiertos, mientras que los procedimientos mecánicos de repetición de imágenes sólo podrían llevarse a cabo en espacios reducidos; en tercer lugar, porque al hablar de control se habla también de una modalidad de funcionamiento del poder en donde las incitaciones llegan antes y la repeticiones después. Más arriba planteábamos la pregunta sobre la clase de acciones que llegarían a esbozarse ante una situación que no se resuelve por sí misma, ante una situación que interpela y que exige tomar cierta dirección; ahora tendremos que recurrir nuevamente a Bergson y advertir que semejantes situaciones nos transportarían enseguida a las fuerzas de la memoria y desde allí, y como por movimientos incipientes, a las imágenes recordadas o, más específicamente, al nivel de las denominadas

“imágenes-recuerdo” (Bergson, 2010: 99-100). Es imprescindible notar las diferencias, pues no se trata de imágenes almacenadas en la memoria, sino más bien de movimientos nacientes y apenas esbozados que conducen gradualmente hacia la actualización de la memoria como fuerza del pensamiento; de manera tal que tampoco se trata de imágenes definidas que podrían seleccionarse y disponerse a voluntad, sino más bien de ritmos y creaciones mediante las cuales aquella fuerza tiende a proyectarse en el espacio. Diríase entonces que las imágenes-recuerdo poseen una *cuasi* materialidad, una virtualidad propia que no se confunde ni con el pensamiento al que acompañan ni con el espacio hacia el que tienden. Diríase también que las imágenes-recuerdo, que los movimientos nacientes y apenas esbozados, producen una infinidad de conmociones y modificaciones en la sustancia cerebral: “quien lograra penetrar en el interior de un cerebro (...) probablemente estaría informado sobre estos movimientos esbozados o preparados; nada prueba que estaría informado sobre otra cosa” (Bergson, 2010: 32). Tenemos aquí una distinción de gran alcance: en lugar de producir imágenes, el cerebro resulta afectado por las imágenes; en lugar de que las imágenes existan entre sus innumerables recovecos, el cerebro existe como un recoveco entre las innumerables imágenes que lo rodean. El cerebro no produce imágenes, el cerebro existe entre las imágenes: Bergson advertirá a través de ello el hecho de que el cerebro mismo es una imagen. Agréguese enseguida el punto fundamental de que el cerebro es una imagen que siempre resulta afectada por las demás imágenes, y se obtendrá la visión completa sobre campo de intervención y la superficie de agarre del control.

Acabamos de sostener que las imágenes-recuerdo producen conmociones en la sustancia cerebral, aunque enseguida nos parece que la cuestión no se termina ahí y que todavía falta algo más. Al fin y al cabo, si las imágenes-recuerdo

fuesen las únicas imágenes capaces de producir esas conmociones, sucedería entonces que viviríamos atrapados en un pasado tan remoto como indiviso, en una suerte de sueño distendido y completamente desinteresado frente a las interpelaciones que provienen de la situación presente. Pero la conciencia quiere además atender a la vida, quiere atenderla e incluso responderle con el vuelco y el despliegue de todas sus fuerzas. Ahora bien, ¿qué cosa puede implicar el atender y responder a los llamados de la vida sino la puesta en juego del cerebro?, ¿de qué manera las direcciones del pensamiento tienden a actualizarse y volcarse en el espacio sino es primero mediante el cerebro y después mediante el resto del cuerpo? Así pues, y tal como señalará Bergson, al cerebro le corresponde la función de mantener nuestra atención fijada sobre la vida, le corresponde constituirse como un órgano de atención ante vida; así también, y en tanto órgano de atención, al cerebro no le quedará mucho más que desempeñar el papel de un conmutador situado entre las imágenes provenientes de la memoria y las imágenes provenientes de la vida: “El cerebro no debe ser otra cosa (...) que una especie de oficina telefónica central: su papel es el de «dar la comunicación», o el de hacerla esperar” (Bergson, 2010: 47-48). Este proceso de selección y descarte de imágenes, este dejar pasar o hacer esperar, constituye precisamente un campo de acciones posibles, un campo virtual que envuelve ciertos aspectos o ciertas caras de aquellas imágenes que producen conmociones en la sustancia cerebral. Nosotros ya hemos intuido algo: además de las conmociones producidas por las imágenes-recuerdo, el campo en cuestión debe incluir las conmociones producidas por una serie de imágenes sumamente diferentes a las anteriores. Sin embargo, aún nos resta observar que las imágenes buscadas no tienen en principio nada de virtual o posible, puesto que obran y reaccionan entre sí de acuerdo a leyes rígidas y constantes (Bergson, 2010: 35). Las imágenes obran y reaccionan en todas

sus caras o partes elementales; las imágenes son en sí mismas acciones y reacciones, movimientos recibidos y movimientos emitidos. Debería quedar entonces asentado que esa relación no deja lugar ni a la posibilidad ni a la virtualidad, que la simple acción-reacción no acepta ninguna novedad o imprevisibilidad; mas debería agregarse también que tal limitación conlleva una propiedad de gran importancia, una propiedad que a la larga permite el despliegue efectivo de los procedimientos de control. Deleuze señalaba que las imágenes -es decir, las acciones y reacciones, o bien los movimientos recibidos y emitidos- se propagan a la manera de ondas o flujos capaces de alcanzar trechos y distancias variables: “Las acciones sufridas por una imagen se extienden tan lejos y a una distancia tan grande como se quiera, según las vibraciones correspondientes” (Deleuze, 2009: 152). Todo un universo de “imágenes-movimiento” que accionan y reaccionan entre sí, toda una corriente de infinitas vibraciones que se propagan como excitaciones recibidas y emitidas. De acuerdo a la terminología deleuziana, este universo no es sólido sino más bien líquido o, mejor dicho, *gaseoso* o, todavía mejor: *etéreo*. Resulta imprescindible tener siempre presente una propiedad semejante, y ello por la sencilla razón de que los procedimientos del control utilizarán las ondas o flujos que recorren al universo etéreo de las imágenes movimiento; utilizarán los flujos para alcanzar a los cerebros dispersos en ese universo, a los cerebros que viven como imágenes entre las imágenes. Los procedimientos del control emiten vibraciones y movimientos moleculares capaces de propagarse a grandes distancias, vibraciones y movimientos que en última instancia no constituirán otra cosa más que un sinnúmero de incitaciones dirigidas hacia los cerebros.

¿Pero de qué clase de incitaciones se trata? O en todo caso, ¿por qué sostenemos que las vibraciones y los movimientos moleculares se constituyen precisamente como

un sinnúmero de incitaciones? No nos llevaría demasiado trabajo advertir que ya hemos contestado gran parte de esta pregunta, y la hemos contestado o comenzado a contestar al percatarnos de los ritmos o los movimientos nacientes que actualizan las diferentes direcciones del pensamiento. Ahora nos toca ubicarnos en un nivel preciso, en un nivel que condensa todo el recorrido realizado hasta el momento y cuya especificidad de seguro tendería a ser menospreciada y posiblemente omitida por las lecturas demasiado generales de la filosofía de Bergson. Pase o no desapercibido, corresponde advertir que del mismo surge algo importantísimo, algo que permanecía latente desde el principio de esta indagación y que se refiere, una vez más, a las direcciones del pensamiento. El nivel en consideración dice entonces así:

Lo más frecuente es que no nos demos cuenta de esos movimientos esbozados, o aun simplemente preparados, puesto que no tenemos ningún interés en conocerlos; pero nos es forzoso notarlos cuando ceñimos de cerna nuestro pensamiento para captarlo completamente vivo y para hacerlo pasar, todavía vivo, en el alma de otro (Bergson, 2012: 59).

Hacer pasar un pensamiento completamente vivo, un pensamiento apenas actualizado o esbozado, al alma de otro: precisamente en tal posibilidad cabe resumir todo el problema y también todo el poder del control. Mas la realización de tal posibilidad requiere del trabajo y del esfuerzo de atención emprendido tanto por la conciencia que recibe como por la conciencia que emite sus direcciones de pensamiento. A mitad de camino entre ambas conciencias, o más bien en medio de los esfuerzos comunes, aquello que brota y que se expande, aquello que circula a través del universo etéreo, es una inmensa e inabarcable interconexión cerebral. Imagen posicionada en un universo de imágenes, órgano de atención dirigido hacia la vida, ¿qué función despliega y desempeña el cerebro?, ¿qué clase de desplazamientos y movimientos se

producen en su interior?, y más aún, ¿se debe hablar de un interior en donde confluyen efectivamente las acciones cerebrales, de un interior lo suficientemente hermético como para mantenerse separado del resto de los movimientos que recorren y constituyen al universo? Llega el momento de recorrer el tramo que nos faltaba y saltar luego a nuestras propias consideraciones; llega el momento de estirar e intensificar los niveles de una idea y desde allí suscitar nuevos problemas y eventualmente nuevas ideas. Completemos entonces el cuadro: cuando Bergson quita todo privilegio al cerebro, cuando le niega cualquier función oculta o misteriosa, también está concediéndole cierta particularidad. Cabe agregar enseguida que esa particularidad no indica ninguna propiedad distintiva, sino únicamente el mero hecho de que el cerebro no reacciona de manera inmediata ante las excitaciones emitidas por las demás imágenes. Hay un intervalo o rodeo entre la acción recibida y la reacción emitida, un intervalo que se vuelve posible gracias a las circunvalaciones y los vericuetos propios del sistema nervioso. Hay únicamente movimientos, vibraciones o corrientes moleculares que se distribuyen y disipan a lo largo de la brecha cerebral. Dado que el cerebro es una imagen ubicada entre una infinidad de imágenes, la función de sus movimientos no deriva ni finaliza nunca en la producción de imágenes; dado que dichos movimientos son en última instancia imágenes que responden siempre a las vibraciones provenientes de otras imágenes, las variaciones cerebrales tampoco confluyen en un lugar aislado y separado del resto del universo. Bergson señalará que tales movimientos y variaciones marcan la posición del cuerpo frente a las imágenes que lo circundan, que la función de los mismos reside más bien en esbozar las acciones virtuales o los caminos posibles que podrían realizarse y recorrerse mediante el cuerpo. De ahí que el cerebro en tanto órgano de atención permita una evaluación sobre el número y la distancia de

aquello con lo cual se relaciona el cuerpo; de ahí también que la atención tienda a medir en el cerebro, y a través de sus estados plásticos y variables, las eventuales acciones de las cosas sobre el cuerpo y del cuerpo sobre las cosas. Se trata entonces de la “percepción” como el dibujo de todo un campo conformado por acciones posibles o virtuales, de la percepción como el retraso o la “zona de indeterminación” entre los movimientos recibidos y los movimientos emitidos (Bergson, 2010; 39-40 y 49-50). Sin lugar a dudas, lo importante aquí es advertir que las imágenes-movimiento, las imágenes que accionan y reaccionan entre sí de manera inmediata, pasan a convertirse pronto en incitaciones o en invitaciones que llaman a la acción. Cada imagen emitida y propagada recorre el sistema nervioso y se resuelve en él como una pregunta dirigida hacia la actividad motriz, mientras que cada pregunta así planteada equivale a una percepción, a una virtualidad compuesta por ondas y movimientos moleculares, que de ningún modo queda encerrada en las supuestas cavidades del cerebro. Digamos que la percepción implica recortes y distancias: implica recortes, pues el cerebro no recibe la totalidad de las imágenes-movimiento, sino que sólo atiende a ciertos aspectos suyos, a ciertas caras que se ordenan o bien por su posibilidad variable de actuar sobre el cuerpo, o bien por la posibilidad también variable que simultáneamente tenga el cuerpo de actuar sobre ellas; implica además distancias, pues la serie de recortes y selecciones permite recibir a las imágenes-movimiento aún antes de que las mismas entren en contacto directo con el cuerpo, aún antes de que su acción se vuelva concreta y efectiva. En una cosa y otra, en el recorte y la distancia, nosotros encontramos el indicio de los procedimientos mediante los cuales resultan posibles las incitaciones propiamente dichas. Al igual que el recuerdo, la percepción tiende a exteriorizar las diferentes direcciones del pensamiento, al igual que cualquier exteriorización del

pensamiento, aquella tiene que prepararse y preformarse primero en la sustancia cerebral y después en el resto del cuerpo. Si se acepta entonces que la transmisión de un pensamiento apenas esbozado requiere que las conciencias involucradas emprendan un común esfuerzo de atención, y si se considera además que todo esfuerzo de atención dibuja percepciones o campos de acciones posibles o virtuales, se deberá admitir también el hecho de que las transmisiones del pensamiento comiencen a realizarse y exteriorizarse en las percepciones y de que percepciones mismas circulen entre los cerebros. Cuestión de transmisiones y propagaciones, de conciencias que emiten y reciben direcciones a través de las interconexiones cerebrales: allí no existe, ni puede existir, lugar para la coerción o la obligación, allí habitan más bien acciones virtuales o posibles, ritmos y movimientos que serán imitados por los cerebros en tanto órganos de atención a la vida. Bergson añadirá que el cerebro es al fin de cuentas un órgano de “pantomima”, un órgano cuyo rol consiste en imitar conjuntamente a la vida de la conciencia y a las situaciones de la vida que interpelan a esa conciencia (Bergson, 2010: 159-152; 2012: 60). De donde se desprende la necesidad de sostener que los ritmos y los movimientos nacies, o las acciones virtuales que circulan entre un cerebro y otro, tienden a transmitirse como incitaciones que los estados cerebrales reciben precisamente como imitaciones. Hasta cierto punto, todo sucederá en medio de los cerebros, todo sucederá en medio de imágenes afectadas por imágenes; y todavía más: a mitad de camino entre los cerebros, y a lo largo del campo de acciones posibles o virtuales, la imitación de las incitaciones se reunirá y confundirá con la imitación de la memoria, es decir, con las imágenes-recuerdo. Como señala Bergson, la percepción siempre está impregnada de recuerdos, siempre se encuentra unida a la infinidad de detalles provenientes de las experiencias pasadas: “no retenemos entonces más que

algunas indicaciones, simples «signos» destinados a recordarnos antiguas imágenes” (Bergson, 2010: 51). Para decirlo en términos más concretos, cada vez que el cerebro imita las incitaciones transmitidas, cada vez que recibe los ritmos y los movimientos nacientes que emite otro cerebro, define al mismo tiempo el marco en el que también se actualiza la memoria, el marco variable en el cual vienen a insertarse las imágenes-recuerdo. He aquí toda una incabable relación de incitaciones e imitaciones: de incitaciones que el cerebro recibe como imitaciones, de imitaciones que requieren el esfuerzo de la memoria y que pasan por lo tanto a convertirse en nuevas incitaciones, y de nuevas incitaciones que el cerebro recibe a la sazón como imitaciones.

Conviene seguir avanzando lenta y cuidadosamente, porque la posibilidad de que una conciencia transmita sus direcciones tejiendo ritmos y movimientos nacientes no nos permite suponer en absoluto que los flujos de pensamiento tiendan a imitarse entre sí. Por el contrario, aquellos que tienden a imitarse son más bien los cerebros, de manera tal que son también los cerebros quienes comparten un campo de acciones virtuales, un ritmo que indicará las posibles actualizaciones de las direcciones del pensamiento. Y bien, cuando intentamos averiguar qué clase de intervención permitiría generar algún efecto en ese campo, cuando ajustamos un poco nuestra mirada y pretendemos vislumbrar el modo en que los efectos se llamarían unos a otros para articularse contingentemente, para suscitar la eventual y frágil garantía de que las acciones posibles permanecerán dentro de ciertos límites, no hacemos más que acercarnos a la diagramación de los procedimientos propios del control. Propagando incitaciones que los cerebros reciben como ritmos y acciones apenas esbozadas, el control logra poblar el éter de ciertos efectos. Logra poblar el éter y además capturar a la memoria y la atención como fuerzas del pensamiento, y logra

capturarlas gobernando precisamente sus diferentes modos de actualización. Maurizio Lazzarato señala un sencillo ejemplo que ilustra tanto los procedimientos del control como sus efectos:

La concepción de una publicidad, el encadenamiento y el ritmo de las imágenes, la banda sonora están contruidos bajo el modo del “ritornelo” o del “remolino”. Hay publicidades que resuenan en nosotros como motivos, estribillos de música. Seguramente le ha pasado a usted sorprenderse silbando canciones de publicidad” (Lazzarato, 2006: 112).

Sólo un sencillo ejemplo, pues ya sea en la publicidad y también en los programas radiales o televisivos, ya sea en las páginas de Internet o incluso en las pantallas de los teléfonos móviles, nos encontramos siempre con la transmisión de ritmos irregulares, de ritmos compuestos por posturas, gestos, signos y demás acciones nacientes o apenas esbozadas. El efecto de esta transmisión será una suerte de semejanza no uniforme, una semejanza producida por medios o procedimientos no semejantes, ¿mas qué cosa puede implicar el hecho de que los procedimientos no resulten semejantes a la semejanza producida? Únicamente ahora llegamos a advertir que siempre se trató de aquello que Deleuze denomina como operaciones de “modulación”, que al fin y al cabo estábamos hablando de operaciones que transmiten incitaciones apoyándose en un *médium* u onda portadora: “es la tele y lo que ustedes quieran; vivimos dentro de eso, vivimos dentro de empresas de modulación (...). La modulación es un transporte de similitud” (Deleuze, 2007: 144). Decir que las operaciones de modulación implican producción de semejanza por medios desemejantes, equivale a advertir entonces que las mismas transmiten ritmos y movimientos, acciones posibles o virtuales, prontamente demoduladas y restituidas en los cerebros receptores. De ahí que las relaciones de incitación e imitación no sólo aparezcan primero, sino que además suelen prevalecer

sobre cualquier tipo de uniformidad o repetición: quien aceptase la reconfortante creencia de que imitamos una cosa u otra porque nos la han repetido varias veces, debería avizorar que mucho antes de la consabida repetición aparece cierto ritmo que llama nuestra atención, cierto ritmo que comenzamos a imitar desde el momento mismo de su recepción. De ahí que la imitación tampoco conduzca necesariamente hacia la uniformidad: después de todo, y por citar un caso más o menos notorio, el niño imita al superhéroe a pesar de que no adquiera los poderes de este último, a pesar de que no pueda volar, lanzar bolas de fuego o realizar de manera exacta las piruetas y los enrevesados movimientos que ocupan su atención. Sin embargo, habrá un ritmo mental, una manera de enfrentar y superar los obstáculos de la realidad, que llegará a transmitirse y que el niño actualizará a su modo y mediante sus propios recursos.

III. De las convergencias

Más allá del largo trayecto recorrido hasta aquí, no deja de atravesarnos la intuición de que todavía falta algo; y es que, tal como parece, jamás terminaríamos de vislumbrar siquiera cercanamente los principios y procedimientos propios del control si nos conformásemos con lo ya dicho y desatendiésemos entonces las posibles maneras de convergencia entre esa modalidad y las tendencias de la economía contemporánea. Aunque en este caso nuestras inquietudes avanzarían mediante la simple exploración y conforme a la sensata necesidad de mantenerse provisoriamente dentro ciertos límites o fronteras, dado que de lo contrario se alcanzaría una extensión poco conveniente. Sea como fuere, la exploración debería seguir los pasos de Lazzarato y considerar entonces la convergencia básica, a saber: que el problema de las sociedades de control, el problema de la efectuación o actualización de “mundos”, dibuja

y proyecta en última instancia la condición misma de la valorización capitalista. Toda una convergencia que invierte la tradicional conceptualización marxiana, toda una convergencia según la cual el capitalismo en tanto modo de producción deviene más bien en producción de modos y de mundos: “la empresa no crea el objeto (la mercancía), sino el mundo donde el objeto existe. Tampoco crea el sujeto (trabajador y consumidor), sino el mundo donde el sujeto existe” (Lazzarato, 2006: 108). Ahora bien, ¿qué clase de mundos son estos? Nosotros sostenemos que son precisamente los mundos virtuales y posibles, los mundos que proyectamos ante las interpelaciones y las exigencias planteadas por la vida. Así pues, la producción y la efectuación de mundos supone la puesta en juego de la memoria y la atención, y requiere igualmente de la creación y la transmisión de ritmos y movimientos nacientes. Así también, el problema imperioso del capitalismo consiste en controlar los mundos virtuales y posibles, en capturarlos mediante una variación continuamente modulada:

El capitalismo intenta controlar estos mundos siempre virtualmente posibles por medio de la variación y la modulación continua. (...) no produce ni sujeto ni objeto, sino sujetos y objetos en continua variación, gerenciados por las tecnologías de la modulación, que están por su parte en continua variación (Lazzarato, 2006: 114).

A primera vista, resultaría enormemente contradictorio concebir a la variabilidad como un modo de control y de captura, puesto que en principio, y a causa de alguna razón necesaria de explicar, seguimos creyendo que el ejercicio del poder sólo apunta hacia la estabilización y la fijación de las cosas.⁴⁰ Pero esta creencia queda o debería quedar obsoleta

⁴⁰ En otro lugar (Méndez, 2012: 15-16), hemos señalado que tal creencia implica mucho más que un accidente o efecto residual, y ello por la sencilla razón de que la misma forma parte de una manera de pensar que

desde el momento en que el poder tropieza con una conexión intercerebral que lo excede y lo desborda incesantemente, desde el momento en que no tiene otra opción más que acomodarse a los derroteros de una “cooperación entre cerebros” que se despliega a través de circuitos imposibles de moldear o estabilizar. Vemos entonces en dónde reside el eventual punto de convergencia: lo vemos inicialmente en la necesidad de intervenir el campo virtual que emerge de las conexiones intercerebrales; y volvemos a verlo todavía mejor cuando Lazzarato nos dice que la cooperación entre cerebros contiene y expresa todo un potencial de cocreación y de correalización, todo un potencial que tiende a afirmarse en la producción y actualización de mundos. Al menos en gran medida, el problema ya no pasará por el adiestramiento y la explotación de las fuerzas del cuerpo, ya no pasará por producir cuerpos útiles y obedientes: “Las empresas actúan (...) a través de las transformaciones incorporales que llegan primero y mucho más rápido que las transformaciones corporales” (Lazzarato, 2006: 113). Antes bien, el problema pasa ahora por introducir diferentes potenciales entre los cerebros que reciben y transmiten ritmos y movimientos nacientes, pasa por mantener los mundos virtuales y posibles en una constante y controlada variación. Esos potenciales, que nosotros denominamos como incitaciones, no sólo modulan la producción de mundos, sino que además tienden a borrar e incluso a excluir otros mundos posibles, otros mundos que simplemente están allí y que también podrían existir.

Bibliografía

Foucault, M. (2006), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.

encaja perfectamente en la modalidad de funcionamiento de las sociedades de control.

- (2008), *Defender la sociedad*, FCE, Buenos Aires .
- Bergson, H. (2012), *La energía espiritual*, Buenos Aires, Cactus.
- (2010), *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*, Buenos Aires, Cactus.
- Deleuze, G. (2009), *Cine I. Bergson y las imágenes*, Buenos Aires, Cactus.
- (2008), *Foucault*, Buenos Aires, Paidós.
- (2007), *Pintura. El concepto de diagrama*, Buenos Aires, Cactus.
- (2002), “Post-scriptum sobre las sociedades de control”. En *Conversaciones*, Madrid, Editorial Nacional, pp. 195-201.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2006), “Del ritornelo”, en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos.
- Díaz, E. (2010), *Las grietas del control. Vida, vigilancia y caos*, Buenos Aires, Biblos.
- Lazzarato, M. (2006), *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Méndez, P. M. (2012), “La ‘formación permanente’ de las sociedades de control: especificidades y contrariedades”, en *Cuadernos del Ctro de Inv. en Teorías y Prácticas Científicas, y de la Especialización en Metodología de la Investigación Científica. 2º época N° 1: “Políticas de la vida y nuevos paradigmas”*, Remedios de Escalada, Ed. de la UNLa, pp. 4-20.
- Tarde, G. (1961), *Estudios Sociológicos*, Córdoba, Ediciones Assandri.